

valerosa resignacion; y como si quisiera este último reparar las injusticias parlamentarias del ilustre historiador su padre, deseó en este momento solemne caminar al suplicio apoyado en el brazo de un Jesuita. El P. Mambrun recogió sus prostimeros pensamientos y le siguió al patíbulo, mientras que el P. Malavalette enseñaba al insigne Cinq-Mars á mirar con ojos cristianos aquella muerte ignominiosa; porque do quiera que se ofrecia una expiacion, se sentia la víctima con mas vigor, poniendo sus últimos dias bajo el amparo de los discípulos de Loyola.

Diseminados los Jesuitas por las provincias, al paso que trabajaban por mostrarse dignos de la confianza del pueblo, evangelizaban en las campiñas, reconducian al gremio de la Iglesia á los que la herejía ó las pasiones habian separado de ella, formaban en el interior de sus colegios aquella brillante juventud que preludiaba el siglo de Luis XIV, popularizaban la aficion á las bellas letras, y abrian las inteligencias al culto de lo hermoso y de lo grande. No teniendo ya rivales á quienes temer en la enseñanza, ni antagonistas que combatir en los tribunales judiciares, porque Richelieu habia reducido al silencio todas estas enemistades, y porque temblaban en su presencia como los príncipes y señores del reino, cuya cabeza y libertad estaban siempre á merced del Cardenal; podian los Jesuitas con desahogo entregarse á sus afanes literarios. La madre, la esposa y la hermana del Rey vivian en la desgracia; y los generales, los diplomáticos, los magistrados, y aun los obispos que no se prestaban á las miras del ministro, se consumian lentamente en la Bastilla ó en el destierro. El mismo Rey no se atrevia á levantar la voz para quejarse de la esclavitud en que se le tenia, esclavitud gloriosa, es verdad, porque restableció su vigor á la Francia. Solo un Jesuita supo arrostrar por deber la omnipotencia del Cardenal.

Era este el P. Nicolás Caussin. La historia de aquella época se reasume toda entera en la historia de la corte: todo se preparaba, todo se arreglaba en ella á voluntad de Richelieu, quien habia organizado con tanta destreza los pormenores de su gobierno, que todos y cada uno de los súbditos obedecian á su freno. El Jesuita, que en 1637 habia pasado á dirigir la conciencia de Luis XIII, tenia ciertas ideas respecto á las obligaciones inherentes á sus funciones que debian estar poco conformes con las del Cardenal. Estableciendo un paralelo entre los servicios de los cortesanos y los

de un confesor de reyes, y reasumiendo de este modo su pensamiento, escribia al General del Instituto, con fecha 7 de marzo de 1638: «El silencio en los cortesanos es muchas veces un deber, pero en un confesor seria un sacrilegio.» Richelieu solo habia observado en Caussin lo que todos observaban, es decir, un talento cultivado, al par que un carácter igual y apacible, cualidades que, segun el abate Gregorio, le conciliaban la estimacion general. Apenas hubo entrado el Jesuita en el ejercicio de sus funciones, cuando comprendió la gravedad de su posicion. El Cardenal habia aislado al Soberano, para condenarle á no vivir mas que para su gloria sacerdotal y su política. El Rey se ofuscaba y anonadaba para que su mentor no hallase la mas leve sombra de oposicion á sus deseos. Todo se doblegaba ante aquella voluntad inmutable como el destino, que sabia recompensar á sus esclavos con tanta generosidad, como castigar severamente á los que no aplaudian su política ó sus versos.

No ignoraba el Jesuita que el confesor del Rey debia ante todo incensar á la estatua viva del Cardenal, y hacerse su servidor y panegirista, pues que sin romper con él, y aun sin rehusarle las eminentes cualidades que los hombres dispensan únicamente á los finados, palpaba de cerca las desgracias del pueblo, y procuró cicatrizar las heridas de la Francia. Hizo entender á Luis XIII que importaba á su salvacion eterna el aligerar las cargas que pesaban sobre el país; vituperó las desavenencias que no cesaban de sucederse en la real familia, y expuso el peligro que resultaba al catolicismo de su alianza con los protestantes del imperio germánico. El Rey, que solo sabia ocultarse con la timidez de un niño bajo la púrpura de Richelieu, al suplicarle su confesor que derogase el tratado concluido con los sectarios, replicó: «El Cardenal me ha enseñado, sin embargo, una consulta de varios doctores, que con respecto á este asunto no piensan como vos: ella está firmada tambien por muchos Jesuitas.—¡Ah! Señor, contéstó Caussin, eso consiste en que pretenden edificar una iglesia¹.»

¹ *Historia de los confesores*, etc., por el abate Gregorio, pág. 343. Esta respuesta del P. Caussin se encuentra por primera vez en la historia de Luis XIII, escrita por el calvinista Levassor, quien igualmente cita algunos fragmentos de una carta atribuida al Jesuita, en los que se lee: «¿Podia yo ignorar que habia en nuestra Orden algunos Padres que se amoldaban á los caprichos del Cardenal, llevados del interés de la casa profesa ó del particular suyo?»

El chiste no dejaba de ser audaz en boca de un Jesuita; pero solo sirvió para arrancar una amarga sonrisa á los impotentes labios del Rey, y para probar á Richelieu que Caussin venia á ser en la corte un riesgo permanente para él. «Este religioso, dice «madama de Motteville, fue verdaderamente incorruptible; podía haberse elevado fácilmente á las dignidades eclesiásticas con «solo capitular con su conciencia; pero se portó con arreglo á «sus luces y creencia, á riesgo de encontrar en el Cardenal el «enemigo mas poderoso y temible.» En aquella corte donde Luis XIII, enemistado siempre con su esposa Ana de Austria, no tenia otro remedio que el de someter sus pasiones á la virtud, una doncella de elevado linaje se habia granjeado un ascendiente extraordinario sobre este Monarca. Amaba con tal delirio á la señorita de Lafayette, que confiado Richelieu en esta pasion, esperaba asegurarse para siempre su dominacion sobre el Príncipe por medio de la jóven; pero queriendo esta sustrarse al papel que le reservaba el ambicioso ministro, al par que indecisa entre el cielo y la tierra, trató de consultar al Jesuita. «Lo cierto es, añade «madama de Motteville en sus memorias¹, que Dios la destinaba «para esta felicidad; porque no obstante la malicia y falsos razonamientos de los cortesanos, en vez de adherirse el P. Caussin al dictámen del Cardenal, como sospecharon algunos, la aconsejó, en atencion á las inocentes intenciones que la suponian, que no ingresase en el claustro, pensando servirse de ella «para inspirar al Rey el noble pensamiento de hacer regresar á «la Reina su madre, y de gobernar su reino por sí mismo.»

Caussin dió además otros muchos consejos á la señorita de Lafayette. Guiada esta jóven por el Jesuita y Vicente de Paul se retiró del mundo; y después de verificada la reconciliacion del Monarca con Ana de Austria, habiendo observado el Cardenal que Luis XIII escuchaba con placer los consejos del confesor, y sabiendo que para estimular al Rey á sacudir el yugo del capelo le habia hecho escuchar verdades amargas, no temiendo repetirle con bastante frecuencia: «Vos no decís todo lo que pensáis; «no haceis todo lo que quereis; no quereis todo lo que podeis,» le desterró sin demora del reino. El 26 de diciembre se leia en la

¹ Memorias de madama de Motteville, tomo I, pág. 73. — Los mismos detalles suministra la *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, por Oroux, tributando al P. Caussin un homenaje idéntico; tomo II, pág. 413 y siguientes.

Gaceta de Francia: «El P. Caussin acaba de ser relevado del cargo de confesor de S. M. y extrañado de la capital, tanto porque «no empleaba la debida reserva, cuanto porque su conducta era «tan mala, que hasta los individuos de su Orden han extrañado «mas que hubiese permanecido tanto tiempo desempeñando este «cargo, que no que haya sido privado de él.»

Teofrasto Renaudot fue el primero que concibió en Francia la idea de publicar un periódico, que hacia servir para lisonjear al poder y para calumniar á los adversarios de Richelieu. El P. Caussin, desterrado primero á Rennes, y después á Quimper, se contentó con justificarse cerca del General de la Orden; lo que debió serle bien fácil, atendido á que el historiador de los *Confesores de los reyes*, reasumiendo las imposturas dictadas á la *Gaceta* por el Cardenal, no pudo menos de decir: «Acusacion vaga y «que parece desnuda de pruebas.» En el momento de desaparecer Caussin de la escena palaciega, mandó el Rey al P. Bagot que pasase á sustituirle en la direccion de su conciencia; pero este cargo, tal como Richelieu lo queria, no estaba de acuerdo con el carácter independiente de aquel. Bagot era breton. Apenas ha puesto el pié en la corte, suplica al Rey que le conceda el permiso de retirarse: obtenido este, entró á reemplazarle el P. Sirmond. Este Jesuita poseia en alto grado las cualidades análogas á un religioso y las virtudes de un ciudadano: grande por su erudicion y la variedad de sus talentos, y mas grande aun por su modestia, habia desempeñado, bajo el generalato de Aquaviva, las funciones mas importantes; su recuerdo era grato en Roma, y el Pontífice queria tenerle á su lado para rodearse de sus luces. «Pero no queriendo el Rey ni el Cardenal, dice Enrique de Valois¹, que fuese arrebatado á la Francia el que era el honor de «la Iglesia galicana, le nombró Luis XIII confesor suyo, como «para unirle á la patria con lazos mas estrechos.» Sin embargo, como el Monarca conocia su debilidad, quiso sostener á Richelieu, que si bien era un mal, se habia hecho indispensable y aun necesario quizás á la monarquía. El P. Sirmond se ocupó en tanto en poner de acuerdo con el trono sus religiosos deberes, y las obligaciones que su título le imponia. Las circunstancias eran mas críticas que nunca.

¹ *Ne tantus vir, ad illustrandam ecclesiae gallicanae antiquitatem natus, Galliae eriperetur.* (Elogium Jacob Sirmond).

Richelieu, por esa necesidad de dominar que con dificultad sabe disfrazar el mismo genio, aspiraba á concentrar en sus manos todos los poderes. Continuaba la obra de Luis XI matando al feudalismo, y sacrificaba la monarquía al despotismo de los reyes: en su sistema, era indispensable siempre en el trono un Enrique IV ó un Luis XIV, el valor unido á la grandeza, ó bien un ministro como él: el dia en que la corona de Francia pasase á ceñir las sienes de un principe impotente y sin energía, ó bien bajo la direccion de hombres pusilánimes, aquel dia el reino seria presa de una revolucion. Mas Richelieu no hizo ó no quiso hacer estas reflexiones: improvisábase revolucionario por apego al mando; y como habia ya conseguido humillar el orgullo de los últimos grandes vasallos, proyectó luchar contra el poder de Roma. Árbitro de la Francia, y mas aun de su Soberano, ansiaba regentar á la Santa Sede, si no hubiera encontrado en Urbano VIII una especie de antemural que contrarestará sus miras. Este Pontífice, poeta como Richelieu, al par que hombre de Estado como él, si bien mas morigerado en sus pretensiones, habia formado de su astucia italiana un baluarte, contra el que se estrellaban las impetuosidades del Cardenal, que hubieran podido un dia turbar la tranquilidad de la Iglesia.

Deseando consolidar cada vez mas su autoridad, solicitó Richelieu de la Santa Sede la investidura de legado apostólico cerca del Rey cristianísimo, funciones que habia desempeñado en otro tiempo el cardenal de Amboise, ministro de Luis XII. Pero Roma conocia demasiado su ambicion, y el Pontífice se negó á otorgarle un empleo que le hubiera proporcionado los medios de usurpar una pujanza sin límites. Viendo que la Santa Sede no accedia á sus arrogantes súplicas, pretendió al menos tener bajo su dependencia las antiguas Órdenes monásticas, como el medio mas seguro de conseguir su objeto. Era ya abad de Cluny, y en 1636 se hizo nombrar jefe de las del Cister y Premonstratenses; pero negándose Urbano á remitirle las bulas de entronizacion, el ambicioso ministro, que habia ya vivido en Roma, y conocia los resortes de su política, irritado con tantas repulsas, trató de declarar la guerra, obteniendo primero un decreto del Consejo, por el que se prohibia solicitar expediciones á la corte de Roma, y remitirla el dinero destinado á la Dataria. Algunos prelados, que le eran adictos hasta lo sumo, solicitaron la revocacion de las



Anatas y la reunion de un sínodo nacional con el objeto de coartar las usurpaciones de la corte pontificia; mientras que el presidente del parlamento de Pau, Pedro de Marca, que mas adelante fue promovido al arzobispado de Paris, dió á luz una obra sobre la armonia del sacerdocio y del imperio.

Profundo jurisconsulto, al par que literato erudito y de un gusto excelente, habia consagrado sus talentos á complacer á Richelieu; y viendo que se quejaba el Cardenal de la desconfianza con que le miraba el Pontífice, como de un ultraje á sus sentimientos católicos, é injuriosa á su fe episcopal, y un obstáculo á sus instintos dominadores, después de proponerle un medio de conciliar su ambicion con su deseo de venganza, le trazó un plan, por el que todas las iglesias catedrales cedian al Rey el derecho de elegir sus obispos, poder que se les habia arrebatado por el Concordato. Dado este primer paso, fuerza era reunir un concilio nacional, que debia nombrar á Richelieu patriarca de Francia. Creia el astuto ministro poder contar con la mayoría de los obispos; mas á fin de ocultar sus intenciones secretas, confió la direccion del sínodo futuro á los prelados que profesaban el mas respetuoso afecto á la cátedra de san Pedro. Así las cosas, proponiéndose Richelieu agravar las dificultades que el Parlamento, sobornado por él, no cesaba de suscitar á la Santa Sede, se decidió á preparar la opinion pública para el cisma que proyectaba.

Mas no creyéndose obligado el doctor de la Sorbona, Carlos Hersent, á guardar la misma moderacion que Roma y Urbano VIII en coyunturas tan delicadas, publicó en 1640 su *Optati galli de cavendo schismate*, obra mordaz y sangrienta, en que se acriminaba la conducta del Cardenal, y cuya profunda elocuencia debia con precision sacar de su estupor á los Católicos. Denunciado Richelieu por un miembro de la universidad, encargó el ministro su defensa, á fuer de táctico sagaz, á un Padre de la Compañía de Jesús; y no pudiendo dar con el autor, que se habia disfrazado bajo el velo del anónimo, después de hacer condenar el libro por el arzobispo de Paris, Francisco de Gondí, y por los prelados de las provincias, confió al P. Rabardeau la comision de refutar al doctor de la Sorbona. Trocábanse los papeles, y esta confusion era uno de los mas bien combinados cálculos de Richelieu. Esperaba alucinar de esta manera á los fieles, y probar que supuesto que un Jesuita reconocia la necesidad de un

patriarcado francés, no había en semejante innovacion cosa alguna contraria á la fe católica. Pero si los Padres de la Compañía en Francia rehusaron suscribir á esta doctrina, los de Roma, Alemania y la Península no fueron menos diligentes en rechazarla; mas Richelieu había ya logrado su objeto deseado. Este sacerdote, que había obligado á los potentados de Europa á modular sus intereses por la norma de su política, siendo el motor invisible de todas las guerras y transacciones políticas, había ya tomado su broquel para combatir á Roma; no le restaba ya mas que poner en práctica sus designios, cuando asaltado por la muerte, espiró en 4 de diciembre de 1642. Hizose odioso á los príncipes, á la corte y al pueblo; pero aquellos mismos odios, que reprimia con una de sus miradas, llegaron á desvanecerse ante una tumba glorificada por la posteridad.

Acometido al mismo tiempo Luis XIII de una enfermedad mortal, y conociendo que no le restaban sino muy pocos meses de vida; este Príncipe, que solo tenia de soberano el valor y la justicia, experimentaba siempre la necesidad de tener á su lado un amigo, un favorito, ó quizás un dominador. El anciano Sirmond había conocido sus flaquezas: á la edad de mas de ochenta años, trataba de inspirar á un monarca joven todavía la energía del bien, y le acompañaba al sitio de Perpiñan. Mas cuando observó que ya no se trataba de prepararle á la vida sino mas bien á la muerte, sus fuerzas no bastaron á desempeñar semejante tarea: solicitó el permiso de retirarse, entrando á reemplazarle el P. Dinet, á quien el Rey mandó llamar á San German en 18 de marzo de 1643. Richelieu, que como todos los hombres de Estado, no cedia á los sentimientos de la naturaleza el derecho de contrariar sus proyectos, había hecho de Luis XIII, y á pesar suyo, un mal hijo, un mal esposo y un mal hermano, aun cuando los Jesuitas trataron durante largo tiempo de emancipar esta real esclavitud. Queriendo Dinet sacarle al menos en su última hora de esta degradacion, le representa, «según refiere el convencional Gregorio¹, lo importante que seria dar un testimonio público de arrepentimiento acerca del inicuo trato que había empleado con su madre, como tambien lo necesario que le era concluir «la paz, y aliviar al pueblo; y habiendo accedido el Monarca á sus «instancias, dió orden que pusiesen en libertad á cuantos suge-

¹ *Historia de los confesores*, pág. 348.

«tos se hallaban sumidos en los calabozos, y que se llamasen los «proscritos por el ambicioso ministro que temia su influencia; en «seguida mandó que se pagasen los salarios de los servidores de «su madre.»

Tales fueron los pensamientos que sugirió á Luis XIII su último favorito. El Rey, que veia aproximarse su hora postrera, oyó los votos que el amor de la patria dictaba al Jesuita, espirando en seguida en sus brazos el 14 de mayo de 1643. Cinco dias después se dejaba ver en los campos de Rocroi el joven duque de Enghien, discípulo de los Jesuitas de Bourges¹, quien, como para celebrar el funeral de Luis XIII y el advenimiento al trono de Luis XIV, derrotó las antiguas compañías españolas; y general á los veinte y dos años, consiguió un completo triunfo en esta batalla de tres dias, de la prudencia de Mello, y del arrojo y bravura de Fuentes.

Apenas acababa de salir un héroe de la escuela de los Jesuitas, cuando entraba en ella un veterano, el mariscal Josías, conde de Rantzaw, compañero de armas de Gustavo Adolfo, amigo del canciller Oxenstiern, y el Richelieu del Norte, que después de la muerte del Monarca sueco renunció á Holstein, su patria, y entró al servicio de Francia. En menos de diez años había perdido en el campo de batalla un ojo, una pierna y una mano, y en el sitio de Bourbourg le arrebató una bala la oreja izquierda; mostrando un valor á toda prueba, que después fue recompensado con la dignidad de mariscal de Francia. No quedándole ya otra cosa entera mas que el corazon, y tratando de ofrecérselo á Dios, el General luterano, que en medio de su vida agitada había llegado á concebir algunas dudas sobre la verdad del dogma protestante, y á quien la conducta poco evangélica de los pastores reformados y la lectura de las controversias de Belarmino había triunfado por fin de sus convicciones, se dirigió á los Jesuitas, con quienes gustaba conversar. El P. Marchan, provincial de los Franciscanos en Bélgica, había en 1642 en Gante casi obrado su conversion. Cuando tres años después hubo perdido su oreja, reputando esta su última herida como un aviso del cielo, llamó á su tienda á dos Padres del Instituto; y mientras que en 9 de agosto de 1645 se apoderaba de la ciudad de Dunkerque, abjuraba el 15 el lute-

¹ El gran Condé tuvo por maestro en Bourges, en el arte de las fortificaciones, al hermano coadjutor Dubreuil, matemático distinguido y eminente artista, que escribió una obra curiosa sobre la perspectiva.

ranismo, y firmaba el acta de católico en manos de uno de ellos. Apenas hubo recibido la comunión, cuando, impulsado por su nuevo fervor, se dirige á la morada del mariscal de Gassion, su compañero de armas, y calvinista decidido, y después de practicar con él las funciones de misionero, se retiró del servicio, perseverando hasta la muerte en la religion que habia abrazado.

Era esta la época de las grandes creaciones, precursora en Francia de la de los hombres grandes. Los Jesuitas preparaban en sus colegios el siglo de Luis XIV, mientras que en las cátedras y en el mundo se asociaban á las obras de prevision nacional de que la Religion inundaba el reino. En el fondo de los calabozos, á donde descendian á consolar á los culpables, obtenian la gracia de que los condenados á muerte pudiesen recibir la sagrada Eucaristía, con el objeto de probarles que á pesar del abandono en que los tenia el mundo entero, hallarian en su arrepentimiento un padre menos inflexible que la justicia de los hombres. Bernardo, llamado el pobre sacerdote, hacia fecunda la beneficencia; san Francisco de Sales, el cardenal de Berulle¹, Juan Santiago Olier, Pedro Fourier y Juan Eudes, discípulos todos cin-

¹ El cardenal de Berulle se hallaba tan estrechamente unido á los Jesuitas, que no se puede leer sin asombro en su *Vida*, escrita por Habert Cherisy, que para manifestar los Jesuitas la entera confianza que tenian en un amigo tan verdadero, le enviaron un poder para examinar y recibir á los que solicitasen ingresar en la Compañía, sin necesidad de someterse á otro exámen. Hé aquí una preciosa anécdota que refiere el historiador del fundador del Oratorio, apoyándola en el aprecio recíproco que honra á los discípulos de san Ignacio y al Cardenal: «Dice el R. P. D. Juan de San Malaquías, religioso fuldense y prior en otro tiempo del convento de Paris, que estando en Roma le suplicó el «R. P. Claudio Aquaviva, general de su Orden, que cuando pasase á Paris «tuviese la bondad de avistarse con el citado Cardenal, y le comunicase algunos negocios importantes á la Sociedad. Este buen religioso, que no conocia «aun todo el mérito de este grande hombre, é ignoraba que hasta los mismos «oráculos de la justicia, los Sres. Seguíer, sus tíos, le consultaban como á un «oráculo acerca de la justicia del cielo y los negocios de la eternidad... no pudo menos de extrañar que el jefe de una Compañía tan juiciosa y venerable «hubiese elegido, si así puede decirse, á un niño (el Cardenal no tenia á la sazón mas que veinte años) para consultor en aquella gran ciudad, donde podria encontrar tantos sugetos de una edad madura y de una prudencia consumada. Pero luego que el Padre se avistó con él, cesó todo su estupor, segun lo refiere el mismo en una carta, de la que citamos las siguientes entre otras expresiones: *Ya no me admiro de que estos venerables y grandes religiosos depositen en él su confianza, á pesar de ser tan jóven.*» (*Vida del cardenal de Berulle*, lib. I, cap. VI, pág. 99).

co de los Jesuitas de Paris, de Pont-à-Mousson, Lyon y Ruan, se entregaban al ardor de un celo atemperado por la sabiduría y la prudencia. Francisco de Sales y la baronesa de Chantal creaban la Orden de la Visitacion; Berulle fundaba el Oratorio; Fourier reformaba á las canonisas de la congregacion de San Agustín; Olier institua á los Sulpicianos, y Eudes, el hermano de Mezerai el historiador, daba origen á las congregaciones de los Euditas, y á las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio.

El P. Bagot apenas logró escaparse de la corte de San German, reunió en derredor suyo á varios jóvenes, á quienes amoldó á las virtudes y al deseo del martirio: contábanse entre estos el primer obispo de Quebec, Francisco de Montmorency-Laval; de Meurs, primer superior de las misiones extranjeras en Paris; Pallú, obispo de Heliópolis; Jognes, uno de los apóstoles del Canadá; el célebre arcediano de Evreux, Enrique Boudon; Chevreuil y Fermanel. «Esta reunion de jóvenes, dice Boudon¹, fue en un principio un pequeño manantial, que después pasó á ser un gran río, por el gran número de obispos y vicarios apostólicos que se eligieron entre ellos para el Oriente y Occidente. De ellos han salido obispos para Siam, la China y el Canadá. Ellos son los que han dado origen al seminario de las Misiones extranjeras en Paris, el cual derrama do quiera el olor de la doctrina del Evangelio, que es el buen olor de Jesucristo.»

Entre tanto, Vicente de Paul, cuyo nombre solo es un triunfo de la Iglesia católica y de la humanidad, creaba la congregacion de los Lazaristas, al paso que inauguraba la fundacion de las Hermanas de la Caridad, y proporcionaba millares de asilos á los niños expósitos. Los Jesuitas, colocados hacia ya largo tiempo al frente de todos los sacrificios y abnegaciones, alentaban tan gloriosas empresas, las secundaban con toda la energía de su caridad, haciéndose sus amigos, y se improvisaban colaboradores de aquellos hombres á quienes el mundo venera. Combatian con ellos el desenfreno de las costumbres que popularizaban el ateismo de Vanini y las poesías de Teófilo. Exhalaba entre ellos su último aliento Francisco de Sales, espirando entre los brazos del P. Juan Ferrier, y «Vicente de Paul proclamaba, segun dice el

¹ *El Cristiano desconocido*, lib. II, cap. 1.